

bién lo abrazó estrechándose un poco atrevidamente más de lo convenido, rozando su cara con la de Ricardo y mirándolo tan fascinada como si tuviera cerca de sí a un artista famoso, o a un ídolo, o a un . . . presidente.

*“Allí es el afeite aseo,
sinceridad el cinismo,
la locura excentricismo,
la adulación galanteo”.*

*“Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama a la charla ciencia,
se llama finanza al robo”.*

ANTONIO PLAZA

— II —

*“Los escándalos muertos constituyen
buenos temas para la disección”.*

Lord Byron.

¿. . . y por qué los escándalos muertos y no los actuales, que al fin y al cabo, son los de siempre?

Clara Solís de Argüelles, hermosa, magnífica, con su fresca y lozana juventud, se encontraba sentada a la orilla de su amplísima cama redonda, hecha a la orden, colocándose en una de sus bien torneadas piernas una fina media color opaco-oscuro, preocupándole en esos instantes, la atinada selección que debería asumir para ponerse —de las docenas que tenía—, el vestido de coctel adecuado que tendría que lucir esa misma tarde en los jardines de “Los Tulipanes” para la ceremonia de cambio de directiva del club de damas que era un apéndice del club de varones. Al pararse súbitamente, la gran luna francesa, que adornaba aquella mullida es-

tancia, reflejó con magnífica fidelidad el soberbio cuerpo de aquella dama, quien agachándose para recoger de la gruesa alfombra persa su fina bata color azul turquesa, observó una de sus bien hechas posaderas y al contemplar lo que vio, no pudo contener un coqueto mohín de disgusto y cubriéndose rápidamente, se metió en la gran cueva de su holgada ropetería. . . dos pensamientos paralelos y súbitos vinieron a su mente atormentándola, el primero, que su asentadera izquierda conservara aún las cicatrices, opacando su colosal y casi perfecta belleza, que le causara aquel horroroso mastín en aquella quinta campestre a que la invitaran cuando jovencita. . . y el otro, más cerebral o codicioso, era el pequeño gusanito que le picara la noche de la toma de posesión de Ricardo, de convertirse, a como diera lugar —se repetía así misma— que ella y su marido fueran el próximo año los homenajeados, los agasajados, los consentidos nuevos presidentes de la suprema sociedad de La Cofradía. Esta idea se había fijado en su mente como una obsesión tenaz.

Laura Belgrano de Velasco, hoy por hoy la estrella máxima de la sociedad, era todo un consentido pavo real que paseaba graciosamente por los diversos grupos de damas que ocupaban los verdes de aquellos bien cuidados jardines, meneando su trasero con gracia discreta y esponjando de orgullo y satisfacción sus bellos pechos rotundos. Se detenía por momentitos aquí y allá, en todas las mesas, dejando tras de sí: besitos, abrazos, frascitas, miraditas y olorcitos —del mejor perfume francés, mejor dicho, del más caro— y también aunque suene prosaico, sudorcitos. . . por algo ella era la reina de la fiesta, el centro y eje de la crema y nata de la sociedad. Laura estaba embelesada, gozando, disfrutando, sacándole pleno partido a esos efímeros momentos de euforia. Recordaba para sus adentros la envidia que tuvo a sus antecesoras y quería, aunque después muriera, saborear halagos y lisonjas y sobre todo un poco masoquistamente, ver sufrir a sus rivales y allí, casi a la mano las tenía observándola, sonriéndole y. . . envidiándola. La regordeta Blanca, la paliducha Hortensia, la inexpresiva Catalina, cuyos maridos habían sonado fuerte para suceder a don Torticio del

Olivar. En especial odiaba a Catalina con su cara de palo, su fingida sonrisa y sus ojos de vaca, quien estaba segura que Odilón, su marido, sería el elegido, pues había aportado considerable cantidad de dinero para la obra que le tocó construir a Torticio y aparte era el candidato de éste y como presidente, tenía lo que se llamaba “mano” para recomendar a su sucesor. Catalina había divulgado abiertamente que ella sería la próxima presidenta y hacía rabiarse a las demás aspirantes al trono de reina de la mejor sociedad.

Laura ahora vengaba agravios y se desplazaba con soberbia y altivez entre las damas de su reinado.

La Quintanar, Conchita Albatroz, para celo de todas las damas asistentes, era, no desde luego la más guapa, pero sí la mejor vestida. Lucía sobre su blanquísimo y pálido cuerpo, una creación original, que consistía en una especie de túnica de color negro, que la cubría de cuello a pies, unas capitas de tela transparente, como finas escamitas adornaban y disimulaban primorosamente sus partes pudendas. En una palabra, aquél atuendo era a los ojos de un hombre, un fino negligee de tul, artísticamente decorado, y ¡vaya qué decoración! el complemento consistía en un prohibitivo (por el precio fabuloso) collar de diamantes blancos, purísimos, que relampagueaban constantemente, dejando ciegas de envidia a quienes osaban mirarlo más de un minuto. Hacían juego con aquella maravillosa joya, unos aretes, un brazalete y un juego de anillos, diseñados armoniosamente con el gusto exquisito de orfebre y delicado artista. Lástima de elegancia. Su voz —esa intolerable y chillona voz— se proyectaba aquí y allá, lastimando el buen gusto de escuchar. Saltaba como colibrí de una mesa a otra, ante la mirada hipócrita de unas y atónita de otras, que se relamían extasiadas admirando aquel pajarraco enjoyado. Nadie la soportaba, ni a ella, ni a su pillona voz, pero nadie tampoco la ignoraba y menos la despreciaba; era tan mona, tan insulsa, tan estúpida, tan parlanchina, pero. . . tan rica, que, como decía Lucita Valverde, todo, todo, se le perdonaba.

Rosario Tovar de Calvo, “Chayito”, como le decían todas, era la mujer más corriente, más vulgar y la más pesada

del grupo. Esposa de nuevo rico, de antecedentes humildes ambos, pero que ella, a pesar del barniz que da el dinero, no supo superar dignamente, porque le quedó el resabio de su grosera vulgaridad, corrientez reflejada en su violento maquillaje que pretendía inútilmente ocultar, tapar las arrugas, verrugas y lunares prietos de su repulsiva cara, intentos vanidosos para tratar de sobresalir, de descollar sobre las demás. ¡Un triste remedo de la bruja de Blancanieves frente al espejo! Chayito se apuntaba siempre la primera, para robar cámara en las fotografías que aparecerían en las comentadas notas de sociales. En toda festividad, se las ingeniaba para tener el mejor sitio, el lugar estratégico, o el de honor en su caso, para exhibir su grotesca humanidad y también para poder contemplar a sus anchas, aquellos maravillosos espectáculos de primera calidad artística que presentaban periódicamente los socios del club y cuyas estrellas eran contratadas, sin escatimar gasto alguno, en los mejores casinos del mundo. Chayito portaba vestidos muy caros, muy finos, pero escogidos con un gusto tan chabacano, que denotaba de inmediato lo burdo y ordinario de su oscuro origen. Además era tan cursi, tan fingida, tan hueca, que para llamar la atención procuraba dulcificar el tono de su agreste voz, haciéndose más ridícula con su tartajeo ininteligible e insoportable. Lo mejor de su estulticia fue ahora, en esta festividad extraordinaria del cambio de poderes, pues recién regresaba de Europa y tras de una breve estancia en España, le había dado por hablar con un ceceo españolado que, acá entre bastidores, las demás la criticaban con expresiones como: —esta india pata rajada, ahora anda con la “onda” de sentirse y creerse descendiente de la nobleza española—. La pobre, a pesar de su dinero, era, para acabarla de amolar, una mujer intrigante y envidiosa, así que entre aquella fauna civilizada, preparada, lista y a veces cruel, sufría en su interior lo indecible porque, gracias a su torpeza, en forma fina, disimulada, sutil, era constantemente pisoteada su engolfada vanidad. Eso le dolía y quería con un revanchismo digno de estudio psiquiátrico, vengarse de todos con desquites baladíes, de aparecer en todas las fotos en primera fila, y ser siem-

pre la cabeza visible en mesas, conferencias y demás eventos sociales. Sus escasas luces no le daban para más.

Lucita Valverde viuda del Villar, más bien fea que bonita, reflexiva, inteligente, era el cerebro y una especie de secretaria perpetua del club, y en particular, de casi todas aquellas vanidosas mujeres, que si bien la toleraban en su círculo, era porque Lucita, allá por los inicios, cuando el club estaba prácticamente en embrión, había sido esposa de uno de los primeros presidentes, hombre opaco y sin relevancia, puede decirse, sin personalidad, que llegó a la cumbre social por esos azares de la vida, aún sin proponérselo, y hasta por motivos ajenos a su voluntad. En efecto, Bernardo Albo del Villar, era un mediocre comerciante, insulso, insípido, con una voz meliflua, que para su fortuna, se dejó atrapar fácilmente por Lucita —podía haber sido cualquiera otra mujer—, cuando ya ésta estaba en una edad propia de la desesperación y a punto de quedarse colgada de su soltería. Lo mejor que hizo Bernardo Albo —tampoco dejó hijos— fue morir a tiempo, antes de seguir vegetando y quizá cometiendo torpezas e imprudencias inevitables sin proponérselo, que hubieran hecho desdoro de su aséptico nombre. Pasó sin pena ni gloria, como aquellos condenados en aquel círculo que describiera el Dante, que no hicieron ni bien ni mal a nadie, sino todo lo contrario —y lo contrario son esas omisiones que a veces resultan más dañinas que el pecado preconcebido—. En una palabra, aquéllos que no fueron ni fríos ni calientes, que seguían la vida hacia donde soplará el aire, aquéllos que no merecieron ni aplausos ni chiflidos, ni vituperios, ni alabanzas, en fin aquéllos que ni fú ni fá...

Lucita, por su viveza y discreción era la viuda favorita del grupo, interviniendo personalmente en todos los trabajos de organización de una fiesta, velada, cumpleaños, etc., etc., intervenía también como embajadora o mensajera en los chismes de comadres, que a veces eran verdadera dinamita, entre las socias, aumentando o disminuyendo —según— el color o la presión del asunto que se trajera entre labios; intervenía con habilidad en las disputas que con frecuencia, sobre todo al jugar cartas, se sucedían algunas de las mujeres.

Todo esto no obstaba para que ella, en su interior, se reservara opiniones muy íntimas y personales, al grado de que en ocasiones, con la úlcera quizá sangrando, pero con la sonrisa a flor de labio recibiera a alguna exaltada caprichosa, para que musitara: ¿y ahora qué querrá esta vieja latosa, hija de la tiznada?

Lucita, era el termómetro de cada una de las elegantes y aristocráticas damas del "Club de la Cofradía"; sabía la temperatura, los alcances, caprichitos, maldades y sobre todo confidencias, secretos, de sus muñecas casi con cerebro. Claro que ella administraba muy bien sus tesoros y a pesar de ser, de estar pobre, vivía de aquellas ricachonas, halagándolas, haciéndose la indispensable, siendo útil y servicial. Era buena para todo, organizadora comprobada y capaz, maestra en la costura, eficaz en la cocina y un verdadero "encanto" para idear originales arreglos en mesas y jardines. En aquel círculo de soberbias y ociosas, era la mujer adecuada.

Sandra Rubio de Montellano, introspectiva, de serena belleza, inteligente, sosegada, auténtica aristócrata, proveniente de varias generaciones de familias acomodadas, era sencilla en el vestir, moderada en el hablar y con una muy clara y veraz percepción del mundo que la rodeaba. Ella era realista, miraba y admitía en forma natural, sin resentimientos ni amarguras, las invasiones de las nuevas ricas que trataban "a como diera lugar", de figurar, de sobresalir, de ser las primeras al estilo Chayito. Esta, por ejemplo, hablaba de sus recientes viajes a diversas partes del universo, de sus joyas, de los finos artículos, de los vestidos elaborados especialmente para ella y de mil y una fruslerías que para una mujer sensata y equilibrada como Sandra, movía más que a risa, a compasión. En efecto, el girar siempre sobre el mismo tema, denotaba ostentación y soberbia. Sandra contemplaba desde su altura estos comadreos y estas carreras por ser el blanco de la atracción general. Ella sabía quién era quién, entre aquellas mujeres enjoyadas y parlanchinas, pero como era muy lista y además convencida cristiana, perdonaba y sonreía; se dedicaba a obrar calladamente y a observar; jamás tomaba partido en una disputa, ni nunca cri-

ticaba a nadie. Era una mujer madura, aún atractiva y era respetada entre todas aquellas por su propia consideración y tolerancia hacia los demás. Era una real, verdadera y auténtica dama.

Su marido, el distinguido y también rico de abolengo, Lic. Alejandro de Montellano, había sido en dos ocasiones —caso insólito— presidente del club, fue uno de sus socios fundadores y le tenía mucho cariño, habiendo puesto todo el entusiasmo de su corazón en ambas ocasiones que lo presidió. Era un perfecto caballero, muy razonable y ecuaníme. Ahora, ya viejo y cansado, con cicatrices en el alma por la trágica pérdida de sus dos únicos hijos en un accidente aéreo, se encontraba desde hacía algún tiempo muy delicado de salud. Tenía en su esposa el sostén y consuelo, la ternura y la comprensión que nadie podía proporcionarle. . .

Hortensia "Tenchita" Flores del Olivar, era la mujer del esquelético y tortuoso don Torticio del Olivar, el recién pasado presidente de "Los Cofrades". Tenchita era una mujer regordeta, bajita, chaparra, casi enana, que tenía unos ojos saltones y una cara de rana, que no podía con ella, si croaba no había de extrañar a nadie. Necia, de mala fe, mal pensada, siempre daba contra a cualquier iniciativa por noble que fuera y era invariablemente intransigente en todas sus negativas intervenciones. Era odiada y temida por su lengua viperina. Todas le sonreían al saludarla y le besaban rozándole el mofletudo cachete con miedo contenido. Este era el ejemplar que había casado con otro bicho especialísimo, el tal don Torticio. "Dios los cría y ellos se juntan" reza el dicho popular, que en este caso se aplicaba a la perfección.

Hija única de un matrimonio acaudalado, pero inconsistente, que terminó en ruptura legal, quedó impregnada su psiquis con los resabios de los continuos pleitos, de las violentas e interminables discusiones que protagonizaron sus progenitores en su niñez. Merced a su deformidad de nacimiento —piernas muy cortas y tronco casi normal— ella se dio cuenta desde pequeña, intuitivamente, de que sus padres, allá en su intimidad, no sólo sentían vergüenza de ella, sino que la repudiaban, aunque exteriorizaran lo contrario. Siempre

fue muy lista y apenas se enteró que su padre se entendía con una sirvienta jovencita, una noche de invierno, subrepticiamente se introdujo en su cuarto y cerró la llave del calentador de gas, para, después de cerciorarse que todo estaba bien sellado y ella profundamente dormida, abrirla de nuevo y salir sigilosamente. Afortunadamente su "papito" regresó antes del amanecer, de vuelta de otra de sus inacabables parrandas y antes de irse a dormir, se le ocurrió asomar la nariz en el cuarto de la fámula logrando salvarla después de romper los vidrios de la ventana, cerrar el gas y despertar de su sueño mortal a la pobre y asustada criadita.

Atando cabos el padre de Tenchita se dio cuenta de la perversidad de su hija, pero calló para no perjudicarla, luego el chisme se supo porque la muchacha se encargó de divulgarlo en las casas posteriores donde trabajó.

Aquella pobre enferma que después, gracias a las "combinaciones financieras e intereses mutuos" casó con don Torticio, era una pobre alma torturada, que en lugar de curarse, gozaba haciendo el mal o provocándolo a los demás.

Tenchita era la primera asistente a cualquier junta o reunión, no se perdía una pues ella vivía y se nutría del chisme y la maledicencia. En las ocasiones que se pedía alguna cantidad para colaborar en obra de caridad determinada, siempre se las ingeniaba para, al pasar la colecta, irse al baño o simplemente desaparecer. En otras festividades o meriendas que eran de colaboración forzosa, procuraba engullir cuanta confitura, sandwich, botanita, pastelito, etc., le cupieran en su abultado estómago. Ella quería a toda costa desquitar el importe del dinero que había aportado. La rana aquella, además era una avara. . .

*"Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer".*

*"Allí todo es falsedad.
'Vanidad de vanidades'
allí abundan las nulidades
rellenas de vanidad".*

ANTONIO PLAZA

— III —

*"El carnaval del mundo engaña tanto,
que nuestras vidas son breves mascaradas.
Aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas".*

GARRICK (Peza)

Ricardo de Velasco, flamante presidente, estaba por vez primera encabezando una Junta de Consultores. Trataba de ocultar su nerviosismo fumando con fruición un cigarrillo, asiéndolo con sus dedos fuertemente, hasta casi destrozarlo. Estaba sentado a la cabecera de la amplia mesa de conferencias, confeccionada de finas maderas con incrustaciones de concha nácar; el butacón de piel, que tanto había anhelado secretamente, recibía los impactos nerviosos en su silencioso muelleo. A sus lados los señores consultores, con sus cuadernos llenos de apuntes, sorbían y saboreaban el exquisito café brasileño que despedía un aromático olor a selvas perfumadas. Con displicencia y elegancia arrojaban las cenizas de sus cigarros y puros en los grandes y redondos ceniceros de cristal cortado.